

JEAN GENET

EL REVERSO IMPERCEPTIBLE DEL SER

*Luis de Távira*

*Puesto que un abismo infranqueable separa la certidumbre subjetiva que tenemos de nosotros mismos y la verdad objetiva que somos para los otros, puesto que no dejamos de juzgarnos culpables en el momento mismo en que nos sentimos inocentes, puesto que fracasamos sin cesar en nuestro deseo de amar, de comunicarnos, de hacernos amar, y cada fracaso nos hace experimentar nuestra soledad; puesto que soñamos ora con borrar nuestra singularidad criminal confesándola humildemente ora con afirmarla desafiante-mente con la vana esperanza de asumirla por completo, puesto que somos conformistas a la luz del día y vencidos y malvados en el secreto del alma, puesto que no se nos permite elevarnos hasta el ser ni hundirnos en la nada, puesto que somos en todos los casos, imposibles nulidades, hay que escuchar la voz de Genet, nuestro prójimo, nuestro hermano. El lleva al extremo esta solicitud latente, larvada, que es la nuestra, infla nuestros sofismas hasta hacernos estallar, agranda nuestros fracasos hasta la catástrofe, exagera nuestra mala fe hasta hacérsola intolerable y hace que se ponga de manifiesto nuestra culpabilidad.*

Jean Paul Sartre

Genet, desde su nacimiento, en toda su existencia, es un desterrado del orden que compone la vida. Hijo del misterio que dejan los padres desconocidos, fuera de la estructura desde el principio, hijo adoptivo que encierra la contradicción de ser y no ser, del poseer y no poseer; situado en la síntesis de lo reversible que creó su interior orden de un orden-desorden inclasificado en la sociedad que lo definió como un ladrón; desterrado por la sociedad, los otros, a la cárcel; homosexual pasivo, ladrón de fractura, esteta del mal, asesino de las letras, comediante y mártir. Su configuración interior creó horizontes distintos en ese arquetipo único de su inconsciente que concibe al ser como la reversibilidad ser-no ser y posee el poder taumatológico de la apariencias óptica.

Y en ese cosmos de la apariencia, Genet es precisamente el ser aparente; el comediante de la existencia, que habla el lenguaje de un mundo distinto al nuestro, el del exilio, y que por ser destierro posee el reverso de nuestro mundo.

Su teatro, teatro del teatro, es de una comprensión muy compleja (la incompreensión), sin embargo, posee la eficacia de un virus; ciertamente es indefinible, pero llega un momento de afirmación posible, quizá en su fundamental nihilismo.

El alma de Genet posee una gran potencialidad religiosa; pero el camino del bien no existe para él, le fue vedado desde el principio; es el mal y la traición continua al mal su norma ética; sin embargo, su perspectiva es de sublimidad y rito; consiste precisamente en elevar por su mi-

lagro de apariencia, lo bajo y lo prosaico a la sublimidad ritual. En este mundo de ilusiones Genet se mueve en un plano óntico que se proyecta a lo trascendente en la solución nihilista no-solución.

Sartre ha dicho que la liberación de Genet consiste en introducirnos en su realidad de apariencias y la evolución de esa liberación arranca en la poesía (*Condamnéa mort*) que terminó en la prosa y finalmente expresó sus intenciones en el teatro.

*Severa vigilancia*: Esta obra tiene un carácter autobiográfico, pero no en el sentido común genérico de lo autobiográfico; tiene como toda obra, la visión de su autor, pero además, no en datos históricos concretos —imposible hacer esta consideración en Genet— sino en un volcar su mundo interior en el drama. Es una prisión, son unos criminales; pero no una prisión de nuestro mundo, sino la prisión que vivió Genet. Para Genet no hay diferencia entre el drama y la realidad. La advertencia inicial de la obra es: “Toda la obra se desarrollará como entre sueños. Para dar esta impresión escoger para los decorados trajes —sayal rayado— colores violentos, blancos y negros muy vivos en contrapunto. Los actores intentarán tener ademanes torpes, de una rapidez extraordinaria, fulgurante e incomprensible.”

Lefranc es Genet, desterrado por los justos a la cárcel; los malos, los verdaderos asesinos lo rechazan a su vez; este es el teatro del drama. Ojos Verdes, el verdadero asesino puede afirmar: “Yo no quería el crimen, él me escogió a mí.” Lefranc que ha estrangulado a Maurice cuando éste lo declaró como un extraño a ellos, descubre la clave del drama: “Mi infortunio viene de algo más profundo: Viene de mí mismo.” Y la afirmación final de Lefranc y de la obra es: “Realmente estoy solo.”

Con un contexto muy diferente, es una vez más la soledad del hombre, aun en el mal, el drama —acontecer— del teatro del absurdo.

*Las criadas*: Obra en que Genet llega al dominio de su expresión propia de lo falso, lo absurdo, lo artificial. En la anotación preliminar Genet exige que los papeles femeninos estén a cargo de varones adolescentes. Y que se le advierta al público, por medio de un cartel en un extremo del escenario. Esto es como diría Sartre: radicalizar la apariencia. Pero el drama mismo lleva la apariencia a un plano de

caos óntico. Todo, situación del ser, el ser mismo, es reversible. Las criadas están en la posición de desear ser la señora que las domina; pero desean este ser para ser capaces de destruirlo y a la vez ser más lo que son, sirvientas. Genet pone a prueba en escena su poder de realizar la apariencia; Claire, en la ausencia de la Señora —también tiene el poder de quitar el ser—, se convierte en la Señora y Solange su hermana en Claire la sirvienta. Claire intenta vencer el espejo hasta conseguir ser la Señora, e intenta dominar a Solange que ahora es la misma Claire; se establece una correlativa afirmación de la realidad de las apariencias. Mientras Claire abaje más a Solange, ella es más Señora y Solange más Claire. Mientras más se abaje, odie y envidie, Solange es más Claire y Claire más la Señora. El laberinto de las apariencias se ha desatado y las aprisiona: Solange-Claire sirve una taza de tila envenenada a Claire-Señora; Claire consecuente con la realidad que ha asumido muere envenenada y afirma que la farsa es realidad. No es Claire quien muere; es la Señora. Solange-Claire es la cobardía secreta del criminal; Claire-Señora es el heroísmo oculto de la santa. Quizá estas ambivalencias sean polos de la realidad paradójica de Genet: El homosexual pasivo posee más valor que el duro.

El teatro de Genet no tiene significaciones sociales, y aun cuando presenta siempre personajes marginados ante poderosos del orden social, la significación es más profunda: es una rebelión del caído contra el mundo del bien, es el odio que se lanza en la nostalgia, contra el bien amado que no se posee. Pero este odio es ritual; una frustración sublimada en sí misma; la negación realizadora en cuanto que permanezca negando, y su teatro es esta ceremonia, la ceremonia solemne de negar la realidad en la acción.

Genet nunca poseerá una realidad, ni siquiera una realidad abstracta en su interior. El mundo interior de Genet, su cosmos de sordidez, tiene su exaltación en una obra que eleva el mal y la corrupción en las proporciones de lo que para el cristiano fue el Auto Sacramental. Esta ceremonia de la corrupción que afirma la reversibilidad de la corrupta condición del ser, por la eficacia de la apariencia es *El balcón*, donde centra al mundo en un gran burdel, como en una gran catedral de la putrefacción. El imperativo de la puesta en escena debe ser el mal gusto, y Ge-

net deseó que su obra fuera la peor prostituta del mundo —la santa del caos. El Gran Balcón es un burdel que es el palacio de las ilusiones donde los hombres realizan sus más exigentes fantasías. El burdel es por esto mismo, un teatro, el mundo de las apariencias. La realidad no existe en esta obra, aquí sólo es lo que es deseado ser. Juegan en contrapunto el tema de la revolución y la eficacia de la ilusión del burdel. La revolución que arrastró con lo real es vencida por la apariencia. La comedia del Balcón organizada por el jefe de la policía vence todo el ímpetu de los revolucionarios, y la figura mítica de Chantal muere para poder ser mito y santa. Los puestos públicos valen y sobreviven cuando son ilusión y querer ser. La seguridad del jefe de la policía consiste en que alguien quiera ser jefe de la policía. Roger, líder revolucionario, queda totalmente aplastado por el sistema de las ilusiones y queda orillado al martirio-asesinato como en el caso de Claire. El monumento al poder de este mundo de la ilusión es un falo gigantesco. La venganza de Roger consiste en un suicidio-asesinato, así, en la casa de las ilusiones, Roger se disfraza de jefe de la policía y se castra (—Claire se disfraza de la Señora y se envenena—); Roger, Claire, son la venganza de Genet, ladrón, homosexual pasivo, asesino de las letras.

*Los negros:* Es un intento de llegar al drama ritual, que sin llegar a su plena realización es un logro ritual sin trama. Su preciso logro y finalidad la expresa el personaje director del rito, Archibald: “No ha llegado todavía el tiempo de presentar dramas sobre temas notables. Pero quizá sospechen lo que hay tras esta arquitectu-

ra de vaciedad y palabrería. Somos lo que quieren que seamos. Por lo tanto seremos hasta el final, absurdamente.”

Aquí también, el hecho social racial cuenta como un símbolo del marginamiento, destierro, opresión, privación del ser. El personaje Village tiene una afirmación que cierra toda posibilidad de relación humana, incluso entre los desterrados, y el asesinato de la realidad y la felicidad, para centrarse en la ilusión y el onanismo: “Y empecé a odiarte cuando todo en ti debía haber avivado mi amor, y el amor hubiese hecho insoportable el desprecio de los hombres, y el desprecio de los hombres a su vez, hubiese vuelto insoportable mi amor. Lo cierto es que te odio.”

La ambición ritual de Genet llega a la magnitud de la escena en *Los biombos*, un verdadero caos en cuatro dimensiones de irrealidad y un reparto de 99 personajes distribuida en 25 cuadros. Es la realización más completa de lo que Sartre llama los torniquetes del ser y la apariencia. Su análisis se escapa a las dimensiones de esta reflexión.

El teatro de Genet es de una manera palpable, único por su temática y su expresión; sin embargo toca puntos de convergencia que lo señalan como uno de los cuatro dramaturgos más significativos en la tendencia del teatro que interroga sobre el ser y su trascendencia, la soledad humana, la incomunicación: el Teatro del Absurdo.

Para Genet el bien es una ilusión, el mal es una nada que se produce sobre los escombros del bien, y su causa interior se precipita en la reversibilidad infinita del nihilismo puro.

